



El lado oscuro del audiovisual fantástico

Por ARÍSTIDES O'FARRILL

Juego de tronos/ *Game of Thrones* serie norteamericana creada en el año 2011 por David Benioff a partir de una saga literaria fantástica escrita por el también norteamericano George R.R. Martin, se ha convertido en el gran éxito de la cadena televisiva HBO en los últimos años, su cuarta temporada finalizó a mediados del año 2014 y según la información que poseo se va extender al menos dos temporadas más.

En principio parecía otra operación de concesión comercial de la prestigiosa emisora televisiva, similar a lo ocurrido con la saga vampírica *Sangre fresca/ True Blood*, de 2008-2014. Sin embargo, adscribiéndose al subgénero de la aventura fantástica tan de moda en los tiempos que corren, logra la madurez y la calidad a las que nos tiene acostumbrados. Sin llegar a la altura de clásicos de la televisión como *Bajo escucha/ The Wire*/2002-2008, o *Los Sopranos/ The Sopranos*/ de 1999-2007, mantiene la densidad estética en la construcción de personajes y situaciones. Por supues-

to, siendo una serie de HBO no podía faltar la marca ideológica de la casa: la ambivalencia moral y la atracción por el lado oscuro del ser humano, explicitada en comportamientos marcados por lo diabólico y lo deshumanizante, unidos a crueles espectáculos de violencia, los habituales toques de erotismo y las recurrentes escenas de sexo.

La esencia de *Juego de tronos* es la lucha por el poder, batalla en la que no se para mientes para lograr el objetivo. Este apetito por el poder -curiosamente menor que por las riquezas- es el que mueve a todos los personajes importantes de la serie, que resultan ser antagonistas y alteran -como es habitual en las entregas de HBO- la clásica lucha entre el bien y el mal, pues en este caso optan por el mal con algunas pinceladas de bien. Vale subrayar la ausencia en la serie de lo religioso, que suele ser representado por HBO como algo retrógrado y oscurantista, en particular el individuo cristiano. Para ello se vale muchas veces de la caricatura del cristianismo, representado a través

de las sectas cristianas que abundan en el sur de Norteamérica. Así puede verse en la citada *Sangre fresca*, en *El imperio de la mafia/ Boardwalk Empire*, 2010-2014, y en la muy reciente serie *True Detective* (2014). En *Juego de tronos* la religión es sencillamente ignorada y al igual que sucedía en *Bajo escucha* los personajes se mueven bajo el impulso de sus pasiones y las siniestras sombras de un destino incierto.

Juego de tronos es cruce entre la saga de J.R.R. Tolkien *El señor de los anillos* y la mencionada serie *Los Sopranos*, como la definió el crítico argentino Mariano Kairuz. A mi juicio los guionistas tienen su mayor mérito en el diseño de los personajes y en particular en el juego que hacen con lo imprevisible de sus acciones; personajes antagonistas entre sí que actúan de una manera y luego, según la conveniencia y la situación en que se encuentran, dan un giro de 180 grados a su comportamiento. Por supuesto que en ese cambio se cargan las tintas en lo tocante a la maldad, al punto de que en ocasiones resulta forzado

el comportamiento. Por ejemplo, el asesinato de una de las parientes de los Stark o la inesperada traición que sufre Daenerys Targaryen (Emilia Clarke) en esa misma cuarta temporada.

En esta serie se observa la gran inversión monetaria realizada que según los datos que poseo asciende a unos 60 millones de dólares por temporada, lo cual se manifiesta en una suntuosa puesta en escena, cuya ambientación ya quisieran ostentar algunas películas fantásticas actuales de holgado presupuesto. Esto mismo puede afirmarse de las escenas de combate: la planificación, montaje y resolución del asalto a Desembarco del Rey, en la tercera temporada, es de lo mejor que he visto al respecto en los últimos años, comparable con la batalla por la posesión de El muro en la cuarta temporada, otro prodigio de montaje y planificación. Vale resaltar también el conjunto de actores internacionales de primera línea en el que todos están ajustados en sus personajes, desde los protagónicos hasta el secundario. Cuando digo internacionales me refiero a esa característica de la globalización en la cual actores de diversa nacionalidad actúan en producciones audiovisuales

de disímiles países. Son los casos de varios de los principales actores de la serie que nos ocupa, el norteamericano Peter Dinklage, el inglés Sean Bean, la también inglesa Lena Headey, el danés Nikolaj Coster Waldau y “un veterano de HBO”, el irlandés Aidan Gillen.

Al respecto solo puedo decir en contra la retahíla de personajes que se incluyen y que pueden perder al espectador en la madeja de demasiadas tramas paralelas o el alargamiento de algunas situaciones, a todas luces con la intención de prolongar las temporadas y que el espectador siga enganchado. El destino de la Targayren, dilatado en exceso en las dos últimas temporadas, cuando ya parecía tener resolución en el principio de la cuarta, o las intrigas que se suceden en el seno de la disfuncional familia Lannyster, que tienden a dar vueltas a lo largo de la cuarta temporada, corroboran nuestras palabras. Sorprende por lo novedoso en cuanto a la narrativa el destino -por lo común trágico- que tienen algunos personajes principales, pero en otros casos también resulta efectista, como para asombrar al espectador a toda costa. Tal vez el elemento más disonante radique en que de los clanes contendientes por el

poder, los Stark, Lannister y Targeyren tienen una enorme fuerza dramática, mientras que los compuestos por Baratheon y Tyrell, aunque con muy buenos intérpretes, en realidad son pequeñas comparsas cuyas subtramas, a ratos insulsas, aportan poco al desarrollo general de la historia. Son pequeños detalles en una serie que sabe bordar muy bien lo comercial con la “serie adulta” a la que he aludido, por lo que luego de cuatro exitosas temporadas se puede hablar de otro éxito de la HBO. David Benioff y sus múltiples colaboradores han logrado reciclar el subgénero fantástico y atraer hacia este tipo de audiovisual a las personas que, como quien suscribe, no son apasionadas del mismo. También gracias a la habilidad de combinar fantasía -inteligentemente disminuida a medida que avanza la serie- con el drama de aventuras y hasta el *thriller* político.

Por supuesto, como “marca de la casa” existe un énfasis en la crueldad, en el cinismo y el descreimiento ante la bondad humana, que intenta conducir al desprecio ante cualquier norma ética. Aunque estas características disminuyen en las últimas dos temporadas para dar paso a una progresiva huma-





nización de ciertos personajes, como es el caso de Tyron Lannister (Peter Dinklage), quien a riesgo de su vida salva a Sansa Stark (Sophie Turner); o la dignificación que hace de su amante-esclava, Shae (Sibel Kekilli). También podemos citar la bondad que muestra Daenerys Targaryen ante los conquistados o la positiva evolución del cruel "mata reyes" Jaime Lannister (Nikolaj Coster Waldau), tras quedar lisiado luego de una de sus tantas correrías criminales. Igualmente menciono la bella y cruenta relación amorosa entre Jon Snow (Kit Harrington) e Ygritte (Rose Leslie); o la también dura, pero bella, historia de amor y redención trágica entre la citada Targaryen y Drogo (Jason Momoa). Son tenues luces en una narración que camina en las sombras, pues al lado de estas se superponen terribles situaciones, entre las que se hallan el despiadado ataque que sufre en la primera temporada el pequeño Bran Stark (Isaac Hempstead-Wright), el cruel destino de Ned Stark (Sean Bean) y más tarde lo que ocurre con su familia, así como el personaje diabólico

de Joffrey Baratheon (Jack Gleeson) y el sadismo de todo tipo que despliega, y el terrible cautiverio a que es sometido Theon Greyjoy (Alfie Allen).

Pero más allá del balance entre posturas ante el bien y el mal se puede decir que el espíritu que permea a la serie es el del mal, el de la codicia por el poder que acarrea todo tipo de sentimientos viles. El mal es sinuoso y sabe colarse. No me resisto a la tentación de traer a colación la inquietante anécdota personal de una amiga que me comentó sobre *Juego de tronos*: "Cuando vi que tiraban al muchacho por una ventana me dije: esta serie está buena"... Solo por carambola la serie puede darnos alguna lección positiva.

La historia no tiene una ubicación geográfica ni temporal. Para algunos puede reflejar la Edad Media en su vertiente de intrigas, sombras y luchas por el poder que pueden estar referidas a acontecimientos y sitios de la Inglaterra medieval. Para otros, entre los que me incluyo, puede ser la imagen de nuestro tiempo o de cualquier tiempo en el que la lucha entre las diversas

facciones por el trono de hierro, eje central de la novela y de la serie, deviene metáfora de la lucha por el poder y la dominación que vemos a diario. Desde las violentas guerras que destruyen a naciones enteras, pasando por las batallas electorales de las democracias, en las que parece valer todo para desacreditar al contendiente, tal como hacen Targaryen o los Baratheon, o dictaduras que utilizan cualquier tipo de artimaña para mantenerse en el poder y señalan reales o ficticias amenazas externas, al estilo de los Lannister, hasta terminar en nosotros, ciudadanos de a pie, que como algunos personajes paralelos o secundarios de la serie vivimos con nuestras pequeñas rencillas e intrigas para preservar nuestras pequeñas parcelas de poder social, familiar o personal.